



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

INJURIA Y CALUMNIA



—¡Borrachol
 —¿Eh?
 —¡Borrachol
 —¡A ver, guardia! Detenga usted á este pajaritu bajo mi responsabilidad, y lléveselo usted al juez de guardia para que lu guise...

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Música, por Eduardo Basallo.—Sanos consejos, por José Estremera.—¡Te quicuel!, por Antonio Sánchez Pérez.—Mi última carta, por Juan Pérez Zúñiga.—Ritornelo, por Eduardo de Palacio.—Carta á la Masa, por José Zahonero.—Elogio, por Sinesio Delgado.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Injeria y calumnia.—La comodidad.—En el Príncipe Alfonso.—Anuncios, por Cilia.



También aquí hace calor; dígan lo que quieran los figueirenses. A ciertas horas del día es imposible salir á la rua, pero no está permitido quejarse, porque los hijos del país se incomodan y nos excomulgan al momento.

Hay que convenir en que jamás se ha conocido una temperatura semejante á la que reina aquí este año. Los bañistas sudan la gota gorda, y hay quien se pone una camisa almidonada y á la media hora advierte que se le ha convertido en estropajo.

Los pocos viajeros que llegan de España estos días vienen guisados en su propia tinta, y dicen que han estado á punto de perecer por combustión espontánea. Ayer llegó D.^a Ramona, procedente de la calle del Salitra, y cuando vino á estrecharnos contra su corazón no la conocimos.

—Soy yo; soy la viuda de Chaparro—nos dijo.

—¡Imposible!

Nadie hubiera reconocido en aquella señora á la tan reputada tinda, porque con el calor se le había dilatado el rostro y traía los pelos pegados y los ojos echando chispas.

—¿Y el perro?—la dijimos por último.

—No me hable usted de él—contestó enjugándose una lágrima.

—Lo había ocultado en el seno para que no lo vieran los revisores del ferrocarril; pero antes de llegar al término del viaje se me murió el pobrecito.

—¿Cómo?

—Asado.

Á pesar del calor continúan los bailes diurnos y nocturnos en el Casino, y hasta hemos tenido corrida de toros al uso del país.

La cuadrilla estaba formada por unos sujetos tímidos, muy hombres de bien, que huían del toro por no ofenderle, y solían poner banderillas en el suelo, en las partes menos en el animalito: Hubo, sin embargo, un torero no tan filántropo como los demás, que se fué al toro decidido y le clavó una banderilla en el ojo derecho.

Aquí está prohibida la muerte de las fieras (llamémosles así), de suerte que tan pronto como salen de la plaza se les prodigan los auxilios de la ciencia á fin de devolverles la salud perdida. Hay toro que conoce á los toreros por su nombre y apellido y sabe si son casados ó no. Sale del toril, ve á un antiguo conocido y dice para su pellejo:

—¡Hombre! Aquél es *Peixinho*, el famoso *capinha*. ¡Qué bien se conserva!

Y no le embiste ni le molesta para nada, porque se hace la siguiente reflexión:

—El pobre tiene familia y no es cosa de perjudicarlo.

Hay toro de éstos que ha sido torreado docientas veces y reúne condiciones de inteligencia tan superiores como las de cualquier ministro del reino. Ya sabe que las banderillas tienen un hierro en la punta y que las capas sirven para marearle y aburrirle; de modo que en vez de embestir se arrima á la barrera ó se pone á ver si en los tendidos hay alguna persona conocida. Cuéntase de un toro

portugués que llegó á civilizarse hasta el punto de amar á una señorita abonada á contrabarrera, y se tiene noticia de otro que fumaba y sabía la tabla de multiplicar.

Lo que hay aquí es un joven aficionado que rejonea á la perfección y obtiene grandes aplausos siempre que sale á la plaza; en cambio los banderilleros se distinguen por su exquisita prudencia y por su horror al derramamiento de sangre.

—Vaya usted al toro—le declamos á uno; y él nos contestó con acento entrecortado por la pena:

—¡Cruel! ¿Qué daño le ha hecho á usted el pobre animalito?

En la actualidad hay doce ó trece toros convalecientes de pasadas corridas. Uno tiene en la paletilla derecha dos rasguños, otro un chirlo junto á un brazuelo y los demás presentan cicatrices de más ó menos consideración repartidas por todo el cuerpo. En cuanto el veterinario les dé el alta, volverán á ser toros para nuestro recreo, caso de que se presten, pues hay muchos que ven la cosa con la misma indiferencia que veo yo sacudir una estera.

Ha llegado aquí el ministro de Obras públicas, que viene á enterarse por sí mismo de los adelantos de la población.

Los figueirenses le recibieron con fuegos artificiales y música ruidosa. Visitó la nueva plaza del mercado, las obras del puerto y el café Español, donde fué obsequiado con cerveza fuerte. Allí había *champagne*, oportó, maderas, *cognac* y otra porción de bebidas más ó menos espirituosas; pero él, que debe ser un demócrata sincero, se agarró á la cerveza.

No pronunció ningún discurso; no hizo más que beber y saludar á la multitud con su sombrero de copa blanco, muy parecido á uno que tiene Jove y Hevia.

Aquella noche hubo recepción en un Casino político. Los figueirenses sacaron del fondo del baúl la ropa de los días de fiesta y algunos lucían preciosos guantes de dos botones.

El ministro es un hombre joven todavía, que viste con cierta elegancia y tiene un trato muy ameno, según dicen sus cóncidos. Permanecerá aquí varios días, pues está tomando baños de mar.

Él se propone entregarse al reposo durante el tiempo que permanezca en esta playa, pero es posible que no le dejen descansar, pues á todas horas le dan música y le disparan cohetes y le persiguen sus correligionarios.

Á mí llega á inspirarme lástima este señor, que no consigue verse solo y tiene que bañarse de gran espectáculo. Mientras permanece en el agua, le dicen sus admiradores:

—Mójese usted la cabeza, señor ministro.

—Procure usted cerrar la boca, para que no le entre líquido.

—Cuidado con las olas, que son pérfidas, como dijo el poeta inglés.

Y todos acuden á echarle la sábana y á hacerle reverencias.

Yo sé que el hombre tiene un callo y no ha podido cortárselo todavía, porque siempre está rodeado de admiradores, y es lo que él dice:

—¿Cómo voy á quedarme en paños menores delante de mis correligionarios?

No se puede ser hombre importante.

La compañía de ópera italiana que teníamos aquí ha pasado á mejor vida por indisposición del público. Pronto comenzará á funcionar otra de zarzuela portuguesa, en la que figuran famosos actores.

Es muy posible que se vea lleno el teatro, porque aquí siempre obtienen la preferencia las compañías nacionales, y además el público está por el género cómico subido. Entre la música de Wagner y la de Meyerbeer, prefiere una canción de Visconti—el bajo,—clown que se hizo célebre en los circos de Portugal, y es como sigue:

*Chegon, chegon, chegon,
agora, agora, agora,
chegon á um bocadinho
ainda no á meia hora*

Entre las obras del repertorio que anuncia la nueva compañía figura una zarzuela con este título: *O burro do alcaide*.

Nos parece poco respetuoso. En España no nos atrevemos á tanto, y eso que hay cada alcaide por ahí que cocea.

¡MÚSICA!

Sinesio: Es cierto, ya vine á esta preciosa ciudad dulce calma del espíritu, salud y vida á buscar.

Yo gocé en otros veranos alegremente y en paz con el país y el paisaje y el paisaje además.

Y me he rejuvenecido á la orillita del mar, aspirando en estas brisas con la caña de pescar.

Y aunque nunca la paciencia tuve, que Cilia me da, de sentarme en un peñasco con la caña de pescar.

Alguna vez también iba, con recuerdos de otra edad, á marearme entre hermosas recorriendo el bulevar.

mientras este Pepe Arana, con ruidosa actividad, anunciaba los cornudos que nos iban á soltar.

Y entre cohetes y zorcicos, que aquí no faltan jamás, siempre se oían las notas del *Guernicaco-Arbold*.

Pero este año, amigo mío, ha sido un año fatal; la atmósfera parecía un incendio de agarrrás; los pescadores de caña se cansaron de sudar; la sal marina y el iodo se quedaron por allá;

en su propia tieta muchos se tuvieron que bañar, y las patronas de huéspedes clamaban á Jehová.

Y aunque Arana logró en cuernos un negocio regular, mientras en peñolas muchos perdieron un dineral,

diciendo estaba la atmósfera que aquí se iban á quemar con el sol y notas varias de la escala musical.

Y hubo gritos subversivos, corridas de vecindad, cargas de caballería y bando municipal.

Y así hacemos nuestro agosto con un jolfa popular al son de música y letra del *Guernicaco-Arbold*.

EDUARDO BUETILLO.

San Sebastián 3) Agosto 1913.

SANOS CONSEJOS

Pues monja quieres ser, habrás pensado que en la paz del convento evitas de la vida el sufrimiento y ahuyentas el peligro del pecado; que las madres por Dios allí sujetas, de piadoso fervor henchida el alma, gozan la dulce y apacible calma que cantaron un tiempo los poetas; que, reunidas para santos fines, castas doncellas, al tomar el velo se convierten en bellas serafines con nostalgia del cielo, y que alabando á Dios día tras día consiguen sin la lucha la victoria, y que al morir es sólo su agonía la senda que las guía de la gloria del claustro á la otra gloria. ¡Pienzas en los hermosos sacrificios de la monja!... Quizá no consideres que aun con hábitos, velos y cilicios las mujeres al cabo son mujeres. La música sagrada es muy hermosa y me suele encantar; pero deploro que la canten las monjas en el coro con voz cascada y áspera y gangosa. ¿No comprenden aquellas infelices que aunque sea su cántico ferviente viene á ser, por grotesco, irreverente alabar al Señor con las narices? ¿Y podrás tú la misa cantar con ellas sin soltar la risa? Tú allá, en tu hogar tranquilo, no barruntas ni puedes sospechar, puesto que aún eres muy joven, que no ha habido dos mujeres que hayan estado en paz viviendo juntas; por lo tanto, hazte cuenta de qué paz puede haber entre cuarenta!... Habrá más de una madre bigotada y más de un vejstorio impertinente y tal cual narigada y tal cual otra chata y mal oliente. La abadesa tal vez es regañona que todo lo censura y lo comenta, decrepita, ridícula, gruñona, despegada, achacosa y flautenta. Si en esto que te digo no hay poesía, no hay exageración... Créeme, hija mía: cample en tu hogar tranquila los deberes que impone á la mujer el matrimonio, porque toda mujer entre mujeres, en vez de darse á Dios, se da al demonio.

JOSÉ ESTREMEIRA.

¡¡TU QUOQUE!!

Practicame mi madre, y yo le digo: «Practicar en destarte, suemón porillón.» (Canta popular.)

También el Sr. D. Federico Urrecha, mi buen amigo Urrecha, periodista, novelador y dramaturgo, da consejos al ayuntamiento de Madrid acerca de las condiciones con arreglo á las cuales deben los señores concejales dar en arrendamiento el *Teatro Español*, así llamado por mal nombre... Pero, señor, si lo justo, y lo equitativo, y lo razonable, y lo conveniente y lo todo sería que el municipio madrileño se dejase de canciones y de dibujos teatrales y no se metiese en pliegos de once varas, y ya que tiene un teatro (que no sé cómo ni por qué lo tiene, ni él lo sabe tampoco), y ya que no pueda ó no quiera venderlo, determinara dálo en arrendamiento al que mejor lo pague, y aquí paz y después gloria.

Debo declarar, para que todos sepamos á qué atenernos, que no he leído el artículo en el cual mi amigo Urrecha daba ese consejo. Este pueblo en que me encuentro *per accidens* no es, por desgracia mía, de los que podrían tomarse como modelos en lo referente á comunicaciones. En los primeros quince días de residencia recibí solamente dos números de *El Imparcial*, con la circunstancia curiosa de que llegó á mis manos el día 12 el número correspondiente al 9, y el día 14 el número correspondiente al 6; porque en esta benditísima tierra del buen pistón y de las moscas se practica, por lo visto, en eso del correo la máxima evangélica de que los últimos sean los primeros. Es muy posible que si aguardase yo quince ó veinte días más me tocase alguna vez el turno de leer el artículo del Sr. Urrecha; pero como no me parece bien esperar tanto, dejo asentada mi advertencia, para los efectos consiguientes, y prosigo mi disertación interrumpida.

Ya en el periódico *El Imparcial* se advirtió al ayuntamiento «que hiciese el concurso como es debido», y á guisa de explicación, aclaratoria lo decían:

«Puede suceder que se presente un actor de cuarta categoría, titulado *primer actor*, puede suceder que haya autores de la misma categoría del actor á quienes éste parezca de perlas, y puede suceder (esto sí que es seguro) que la comisión de espectáculos del ayuntamiento no entienda de estas cosas y dé el teatro al primero que lo pida.

»Y en este caso—caso deplorable—vale más que el teatro continúe cerrado.»

Por lo que de esas explicaciones se desprende, el articulista de *El Imparcial* cree que el ayuntamiento, antes que dar el teatro á un actor de cuarta categoría, debe permitir que no se abra el teatro... Pero, vamos claros: ¿quién es aquí el encargado de numerar las categorías? ¿Ha de ser el ayuntamiento quien dé á cada actor el número de orden que por clasificación le corresponda? Y si no es el ayuntamiento, ¿quién va á ser? ¿Tan excelentes resultados se han obtenido por los actores de gran fama y de mérito indiscutible, que se persevera en el empeño de dar el teatro en arrendamiento á los maestros en el arte, que suelen ser (con muy contadas excepciones) muy buenos cómicos y muy malos empresarios? ¿Que el teatro lo explota un actor de cuarta categoría? ¿Y qué? El público no acudiría al teatro, y para el pobre comediante de la categoría cuarta, que ha cometido el crimen de no alcanzar ni aun á la tercera, será el perjuicio.

Después de haber leído esos consejos, dados con excelente intención sin duda á nuestros ediles, con cuánta envidia leo noticias como la siguiente!

«Dentro de poco se verificará en París la inauguración de este teatro (el teatro de los Poetas), que servirá de *pendant* al teatro Libre. Han prestado su concurso al nuevo teatro los hombres más notables de la literatura francesa, y será el director Franciscó Coppee.

»Así como en el teatro Libre priva el naturalismo más extravagante, en el de los Poetas predominará la moral artística. Sólo se verificará una representación cada mes de una obra nueva, bien sea francesa, inglesa ó española.»

Dichosos mil veces y mil veces bienaventurados aquellos escritores vecinos nuestros, que para tener teatros sólo acuden á su propia iniciativa y no solicitan del municipio, ni del Estado protección que éstos ni pueden, ni deben, ni sabrían darles.

Fundaron ellos su *teatro Libre*, inauguran ahora su *teatro de los Poetas*, y cuando quieran fundarán el de los Músicos y los Danzantes.

Ese es el camino, el verdadero camino, el único; así debe andarse en esto, y «todo otro andar—ya saben ustedes quién lo dijo—es andar á gatas.»

A la iniciativa particular, al individual interés corresponde acometer esas empresas; al público, á la muchedumbre toca luego otorgar ó no su apoyo para la realización de la empresa acometida; si la tal empresa viene á satisfacer una necesidad sentida por el vulgo, si *llena un vacío* que el público desea ver lleno efectivamente, allá irá con todas sus fuerzas y, como antes se decía, *sic itur ad astra*; si á ninguna aspiración colectiva responde, las masas mirarán al empresario con indiferencia y lo dejarán arruinarse... y á otro asunto.

«Pero, se me dirá, es que los franceses tienen su *teatro francés*. Corriente... ¿Es que ustedes quieren que nosotros tengamos nuestro teatro español?

Pues tengámoslo muy enhorabuena.

LA COMODIDAD



Lo primero es el bienestar de la persona. Desde hoy voy a vestir a mi gusto... ¡Ya me voy causando de ir prensado y embutido de mala manera!



Me compro unas botas holgadas, anchas y largas, que no opriman el pie por ninguna parte.



Un pantalón que permita el juego a las articulaciones.



Una americana que no me apriete ni me cifa por donde no deba.

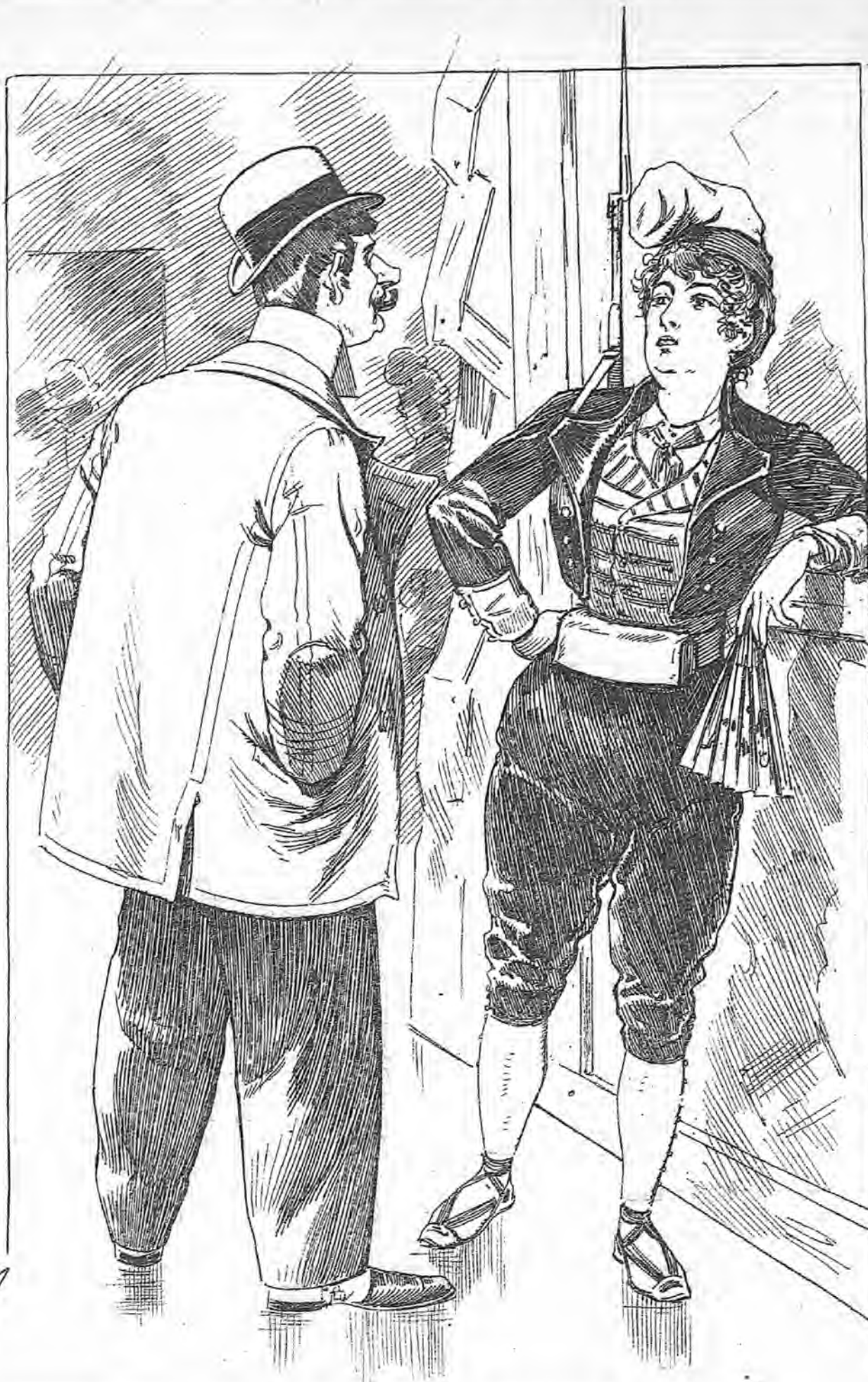


Y un sombrero que permita la transpiración del cuero cabelludo.



Y así voy tan ricamente reventando de comodidad

EN EL PRÍNCIPE ALFONSO



—De modo que usted toma á Tetián todas las noches.

—Sí, señor.

—Y ¿no querría usted tomar después alguna otra cosilla en el café de al lado?

Yo no soy partidario de eso, no creo que en las atribuciones del Estado entre la de sostener un teatro nacional—que no sería nacional, sino ministerial;—pero si la mayor parte de los que en estas cosas piensan opinan de distinto modo, venga ese teatro español y venga cuanto antes; pero que no sea su propietario, y dueño, y autor, y guía el municipio de Madrid, sino el Gobierno de España, y entonces, amigo Urrecha, entonces, que no admitan en ese teatro nacional obras que no sean españolas, como en el teatro francés no admiten las que no son francesas.

Desdoro y desprestigio y hasta vergüenza sería para nuestra literatura dramática la confesión tácita de que no existen entre nosotros autores bastantes para abastecer un teatro exclusivamente nuestro. No un teatro, media docena de teatros podrían subsistir con las obras, que aún son obras con acierto por el vulgo, de nuestro teatro clásico, y las del repertorio moderno, y las nuevas que escribirían sin duda los muchos dramaturgos de primera categoría y aun de cuarta que hoy no escriben porque no tienen teatro en que ver representados sus dramas.

Por eso, lo repito á mis queridos amigos Federico Urrecha y el Abate Pirroca (el cual también excita al señor alcalde para que resuelva pronto y bien esta cuestión), aquí no hay más que dos soluciones, y es necesario, y es urgente, elegir una de ellas:

O fundar el teatro español, que ahora no existe, ó renunciar á ese pensamiento.

¿Se puede? Pues manos á la obra; ceda el municipio de Madrid el corral de la calle del Príncipe al Estado y comiencen ésta de veras, con empeño, con tesón y con bríos la obra.

¿No se puede? Pues dese en ardiendo el coliseo al empresario que mejor lo pague, y allá él traiga, para explotarlo y para hacer negocio, lo que entienda que más conviene á sus intereses: ópera italiana ó balle francés, pelotaris ó titiriteros.

A. SANCHEZ PÉREZ.

Vallehermosa Agosto 1883.

MI ÚLTIMA CARTA

Cabas á treinta de Agosto.
Sabrás, querido Sinesio, que, buscando economías en el ramo de correos, desde pasado mañana dejan cesante al cartero que venía un pie tras otro con las cartas á este pueblo. Así pues, en adelante no recibirás mis recesos, y te lo aviso á tí para que no creas que me he muerto. Si algo tienes que decirme, manda un propio, ó un ajeno, con el recado, á no ser que tú vengas á traerlo, pues por cuenta del Estado no han de circular más pliegos. ¿No es ésta una economía que tiene mucho salero? Sin embargo, aunque es muy triste retroceder á los tiempos del padre Adán, en que había gran escasez de carteros, quedar incomunicado de este modo con el resto de la gente es una ganga de magníficos efectos. ¡Oh, qué bien voy á pasarlo sin que me pidan dinero por escrito! La reforma les parte á algunos por medio. ¿Que no recibo periódicos? Corriente; no leeré sueltos sin gramática, ni horrores,

ni esquelas de amigos muertos. ¿Que no me llegan noticias de algunos parientes de esos que aunque se llaman cercanos, á Dios gracias, viven lejos? Pues mejor. Como no suelen escribirme nada bueno, me ahoraré muchos disgustos, además de ahorarme sellos. En fin, ya ves cómo queda mi servicio de correos. ¿Pero el déficit se evitaba? Pues está bien. Lo que siento es que todo me lo quitan; pues ayer, sin ir más lejos, me quitaron la cartera y hoy me quitan el cartero. Que dispensen mis lectores si esta vez escribo en serio; pero no estoy para bromas, pues á consecuencia de esto y un ataque cerebral que me dió en mitad del pecho la otra noche, y un disgusto con la esposa del barbero, y una cox que me dió el petro del alcalde, y tres diviesos que fulguraron en el sitio principal de mi reverso, estoy de un humor tan malo que algunas veces me pego. Conque... adios y hasta la vista. Tuyo.

Juan.

Á tí la un beso.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

RITORNELO

Sin acabar el verano, regresan del verano varias familias errantes, por prudencia, no por miedo. Vienen las gentes curtidas, manos y rostros morenos, y alguno, si no anda listo, vuelve á Madrid verdinegro. De San Sebastián, Vitoria, Gijón y otros varios pueblos, dicen unos, y otros dicen: de San Benito Palermo. ¡Y aún nos contaba Bastillo, en romance limpio y neto —como todos los que escriben

el insigne románcero,— que en San Sebastián, no mártir, vivía tranquilo y fresco! ¡La tranquilidad del palo y la frescura del fuego! ¡Caracoles, si es poeta mi tocayo y compañero! Otro verano como éste no ha conocido Amodeo, salvo los años de guerra, aunque no eran tan completos. Rayos, padricos, motines, inundaciones, incendios, fugas de niñas casadas, fugas de chicos doncellos

y la expulsión de Guerrita de territorio extranjero, que en poco trae un conflicto franco-cordobés-berrando. Ya llegan las avanzadas del bando de veraniegos; los que tenían más prisa ó más falta de dinero. Los despáfarros de este

vienen á ahorrar en invierno. Dentro de muy pocos días, aunque ya está sucediendo, no habrá quien encuentre un dero, ni pignorando el pesueño. Andará el pan por las nubes para que le observe Nohberlesoom. Va á ser un invierno horrible para la clase de mendigos.

EDUARDO DE PALACIO.

CARTA Á LA MUSA

Soberana y hermosa señora:

El farido de punta de ausencia y muy ligado de las telas del corazón, dulcísima Musa de la Patria, te envía el elogio y la ventura que él no tiene. Hállome sin tu cuidado y sostén en gran desmayo, que el desamparo á que me condense y el abandono en que tu fermeza me deja, son en mí mal; mejor que yo sea diligente y asaz de sufrido, mal podré reforzarme y vivir si tú no me refuerzas y revives; esto es, si por tí no me conforto y resucito; que tengo el calabro sin luminaria, ya que él es de suyo oscuro y pequeño, y el corazón con desabridéz y amargura; acudo á tí en demanda de fuego y de luz, que si no me dieres llama, siquiera tamaño como la de una pajucia encendida, y chispa diminuta para encender el brasero de mi entusiasmo, doime por muerto, y peor aún, por no nacido; que es no existir hallarse, como nos hallamos, entre plagiaros del francés, eruditos de letanía y sabios de empresa; sin que espíritu alguno hallé, siquiera en las artes, materia y energía para sostener con gloria el alma nacional.

Si gustares de acorrerme, tuyo soy; y si no, haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi vida, habré satisfecho á tu crueldad y mi deseo.

Tuyo hasta la muerte

El Bohemio de la triste ventura.

—¡Por vida de mi abuelo, que esta carta está de perlas!—dijeron-me los que la oyeron.

—¿Así la halláis?—pregunté yo.

—Y ¿cómo si la hallamos?—dijome uno—que entiendo ser queja muy doliente y petición muy oportuna las que ahí en esa carta se manifiestan; porque ¿hay nada más noble que desear inspiración, germen del verdadero trabajo de arte, y querer ser estimado cuando menos por artista de sinceridad y honradez, ya que no de un mérito y de un ingenio maravillosos?

Pero piérdese el tiempo con tal lamentación; creo que todo eso es arcaico y tan fuera de tiempo como la para competir con las esquadras extranjeras sacásemos á flote el Arca de Noé. Porque dígame, ¡prohete de mis pecados ó de los suyos! ¿quién puede evitar que las gentes vayan y vengan de una á otra nación por gustos del recreo, por afanes del comercio, tanto más, cuanto que hoy son fáciles los viajes y por ellos confúndense las costumbres, y mézclanse los caracteres, y toman unos de otros los hombres gestos, dicursos, modos de hablar y hasta la propia manera de sentir? ¿Quién habrá ¡bohemia de los diablos! que niegue que, estando en ciencias, así en las que ofrecen completo el panorama de la naturaleza, como en las que hallan el curso de sus leyes, y así de las ciencias médicas como de la cosmología, la mecánica, la astronomía y otras, otros pueblos más adelantados que el nuestro, vaya el nuestro á procurarse en ellos enseñanza?

—¡Vive Dios, que yo!—exclamé.

—¡Vive Dios, que síis, entonces, una mala copia de Don Quijote!—replicó otro de los oyentes.

—No es decir que no se atienda, vigile la evolución de todo aquello en lo que los demás puedan aventajarnos, á fin de que luego, por nuestro propio esfuerzo y trabajo, les alcancemos y aun superemos; pero repetir sus gestos á la manera de monjes, calcar sus obras según artificio de chinos, tomar su moral, sus gustos, ¡ah, esto no! Y si no, díganme vuestras mercedes y señorías: el primer pueblo grande que hubo en la tierra ¿á quién imitó? Seguramente que pudo tomar elementos de los otros pueblos inferiores; pero él á su grandéza ¿no la dió carácter propio?

Perder nuestro arte, perder nuestro sentir y nuestra habla, por cierto que no es sino perder nuestra alma.

—Lleve, lleve vuesa merced la carta á su destino.

—Y mire si en la casa de correos hay buzón y valija para el lugar de las Musas.

Y con esto prodújose gran rechifa y algarada, y burlas como esetas, y escarnios como latigazos, y la moña les divertía, y todos parecían diablos que, ideando nuevos tormentos, se gozaban con atormentar á un condenado; muchos de ellos, impíos y maléyolos, apostrofaban largando una letanía de nombres extranjeros, tomados por ellos como notabilidades, con ser muchos de los tales nombres desconocidos hasta en sus mismos países; otros de los atormentadores querían hacerse oír leyendo unos llamados cuentos, tomados de la lengua francesa y de lo más bajo y trivial de los papeluchos de boulevard; y así, sin tino ni concierto, acometían de modo y con tan furiosa persecución, que hubo el perseguido y acometido, jadeante, aterrado y sacando fuerzas de flaqueza, de escupir, arivando el paso hasta dispararse por collados y llanos en acelerada carrera en busca de un seguro refugio.

Hállole y sentóse en el verdé césped y exclamó, llevándose las manos á la cabeza:

—Miren, pesie á mí, y qué mal me ha salido la broma de la carta y el creer aún, contra viento y marea, que de nuestra propia sangre, de nuestros músculos, de nuestros nervios hemos de hacer voluntad y hemos de recobrar energía para ser por el estímulo y presuntamente un pueblo grande, apacible y progresivo, siendo el arte la expresión de este deseo!

Y con tal exclamación desahogado el pecho, buscó el fugitivo descanso á su fatiga y consuelo á sus tristezas y balló á mano un libro: *Sotileza*, de Pereda.

—No lejos tenía esta preciosa escritura, feliz acierto de un ingenio genuinamente español, y como confío que el arte es la más alta expresión del alma y que el alma no es jamás subordinada y esclava, tengo en poco las pasajeras modas, espero mucho de los sabios españoles; pero mucho más de los artistas á quienes, como al maestro Pereda, anima, aviva y alienta la Musa nacional.

JOSÉ ZAHONERO.

ÉGLOGA

Por perros y zagales abandonadas,
libres de cortapisas y de cuidados
andaban las ovejas desperdigadas
triscando alegremente por los sembrados.

—¡Caracoles! (me dije) ¿qué guarda es esta?

¿Qué tendrá el pastorcillo que hacer ahora?

¡Eso es que en la cabaña duerme la siesta,

ó que está entretenido con la pastora!—

Pensar mal de las hembras es tan humano

que lo de la pastora lo di por hecho.

Me interné en el espeso monte cercano

y... acabé mis pesquisas al corto trecho.

¡Allí estaban sentados al pie de un chopo,

con las callosas manos entrelazadas,

él diciéndola á ella cada pipero

que encendía... juzgando por las miradas!

Pero ¡ay! que la zagala no era de aquellas

que en leyendas y cuentos pintan los yates:

sencillas, inocentes, pulcras y bellas,

por las que se soñaban mil disparates.

No, que la pobre moza, muy desgreñada,

con el cutis tostado, sucia, esquersa,

ni podría en romances ser alabada,

¡ni aun entre los papúes sería hermosa!

Mi presencia el coloquio cortó en seguida;

la pastora, al mirarme, saltó ligera

y escapó dando brincos, loca, aturdida,

cual perseguido corzo, por la pradera.

Quedó el pastor riendo como un bendito

con una descarada risa burlesca

que indicaba que el lance le daba un pito

y me decía: —¡Aprende! ¡Buena personal

—¡Pues me gusta! (le dije).

—¿Quién? ¿la muchacha?

—Hombre! no la muchacha, precisamente;

cómo puede gustarme con esa facha

que no se puede en calma mirar de frente!

—¿Le parece á usted fea? ¡Sí que lo creo!

¡Y á mí se me figura la pobrecita

unos chorros del cro por el aseo

y un ángel de la gloria por lo bonita!

—Pues dispensa, y Dios quiera que me equivoque,

pero tienes mal gusto.

—No me incomodo

ni me choca tampoco que á usted le choque,

porque en el mundo tiene que haber de todo.

Para que no se pudran las pobrecitas,

están así las cosas muy bien dispuestas;

á usted ¡claro! le gustan las señoritas,

y á mí naturalmente, me gustan éstas.

Para mí las bravías, ¡yo no me asusto!

para usted las prendidas con alfileres;

¡si tuviéramos todos el mismo gusto,

quedarían en Babia muchas mujeres!

Y habría desazones á todas horas.

¡bámanos á dejarlas que se murieran!

¡Pues estaría bueno! ¡Pobres pastoras

si no hubiera pastores que las quisieran!

¡Lo ve usted! Ya no aguardo que me responda,

queda usted convencido y aturrullado...—

Y alzándose del suelo, sacó la honda

y la emprendió á pedradas con el ganado.

SINESIO DELGADO.

CHISMES Y CUENTOS

Un telegrama del *Diario de Zaragoza*:

«Madrid 28, 8,35 n.—Ha marchado á Teruel el crucero *María Teresa*.»

¡Ha marchado? ¡Está usted seguro de que ha marchado?

Pues ¡ay! no va á llegar.

Porque se va á perder en algún sendero de la montaña.

Y ahora que me acuerdo, estos de Teruel son unos ambiciosos. Están pidiendo ferrocarril á voz en grito, porque dicen que no tienen medios de comunicación, y disponen, por lo visto, de un puerto de mar muy hermoso.

¡Como que puede anclar en el *María Teresa*!

Copio de la *La Voz de Guipúzcoa* (no se asusten ustedes, que no es cosa de tiros):

«Anteanoche marchó Guerrita á Francia para torear en Dax; pero un comisario francés le detuvo en Hendaya. ¡Por qué Guerrita fué condeñado el año pasado á una multa ó un arresto por haber matado toros en una plaza.

Rafael no cumplió la sentencia, internándose en España, y éste ha sido el motivo de su detención.

Ahora bien: del suceso debió de enterarse el gobierno de la república, no sabemos cómo y por quién. El caso es que el comisario que detuvo al célebre diestro recibió ayer un telegrama que literalmente traducido á nuestro idioma dice así:

«El ministro del Interior al comisario especial en Hendaya: Sin levantar la orden de expulsión del 12 de Setiembre de 1892, autorice excepcionalmente al Sr. Guerra, (a) *Guerrita*, para ir á Dax.»

Luego dirán algunos que los franceses no progresan!

De ahí á adelantar la procesión del Corpus para no deslucir una corrida, como hicimos aquí hace poco tiempo, no hay más que un paso.

Porque eso de dejar pasar al Guerra *sin levantar la orden de expulsión* es maravilloso verdaderamente.

Leo:

«Al recibirse en Zamora la noticia de los sucesos de San Sebastian se presentaron al gobernador senadores, diputados y autoridades locales, así como muchos particulares, ofreciendo y rogando se elevara al gobierno una adhesión al mismo.»

¡Bendiga Dios el exceso de celo de los próceres zamoranos!

Que me recuerda el del Ciudadano del cuento que fué á despertar á otro para decirle que él no podía ir á la Habana.

Están ahora muy entretenidos los diarios.

Reformas de Gracia y Justicia, una plana.

Reformas de Guerra, otra plana.

Guernicaco arbol, otra plana.

Y menos mal que, gracias á eso, se han suprimido los crímenes, por ahora.

Salimos de Málaga y entramos en Malagón.

El día 1.º de Setiembre, con motivo de las economías introducidas en los presupuestos, mil quinientos empleados quedarán cesantes ó excedentes. ¡Santo Dios! ¡Cómo se va á poner ahora la calle de Sevilla!

Lean ustedes los partes de los pueblos en que se ha suprimido el juzgado.

Todos vienen á decir lo siguiente:

«La población se considera despojada injustamente y ha acordado por unanimidad no pagar los impuestos.»

Que es lo que hacen los estudiantes en cuanto se enfadan por cualquier cosa.

Desahogar la rabia pidiendo vacaciones.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Critico y chulista.—López Silva no ha publicado más que un libro, que se titula *Migajas*. *Clarín* tiene muchos; la lista sería un poco larga.

Curriquit.—Las *gaitas* son bastante malas, dicho sea sin ánimo de ofenderlas.

Capacite a o.—Esa variedad de metros perjudica mucho á la composición, porque acaba por hacer daño al oído. Hay que saber conservar la cadencia, porque si no...

Sr. D. J. C.—Puerto.—Siento mucho no poder admitir artículos. ¡Hay tantos de la casa!

Gado Mora.—«Hace algún tiempo casó

con el bruto de Zenón

mi vecina Encarnación,

¡una jembra... de mistó.»

Pero ¡de veras no ha notado usted la horrible asonancia de esos cuatro versos? Pues hace el efecto de un cañonazo materialmente.

Cayo Graco.—Son medianos todos, y vulgares más que medianos todavía.

Sr. D. M. P.—El *calembourg* resulta demasiado inocente.

Un pintorcillo.—Sí que son deslavazadicas las figuras y sí que tiene poca gracia el epigrafe.

Zoroastro.—Vulgar también todo. Y al verso

«la dignidad es una cosa»

le sobra ¡ay! una sílaba.

Sr. D. G. B.—Atrevidilla es, y *siesta* y *abierto* no serán consonantes hasta que se cree el octavo cuerpo de ejército.

Sr. D. J. U.—También vulgares. Verdad es que los cantares salen así con mucha facilidad, aunque no se quiera.

Sr. D. V. T.—No, pues no le ha salido á usted mucho mejor que digamos.

Llave.—No me enfado, no señor; pero ya se ve que es usted novicio.

Sr. D. J. T.—Muy buena cosa... para el álbum de la interesada.

Pateta.—Tampoco puedo aprovechar nada absolutamente. Y me pesa mucho. Porque esas cosas siempre disgustan, ¡qué demonche!

Madrid, 1893.—Establecimiento tipográfico de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 duplicado, bajo.—Teléfono 934.

ANUNCIOS



Puesto que tienes frac,
ya puedes comprender
que no hay mejor Cognac
que el fino de Mogueer.
Sobrinos de Guineá.
Carretas, 27.
Depósito de vinos.
Arenal, 2.



Para sermones, misas,
novenas y matines,
se llevan ¡oh cristianos!
camisas de Martínez.
San Sebastián, 2.

LA ESCALA DE JACOB



Ve en sueños el patriarca
que por escala impalpable
con resplandores de gloria
suben y bajan los ángeles.
Van cargados los primeros
de baldosas especiales,
otros mosaicos hidráulicos
llevan con cuidado grande
para que en la travesía
ni se rompan ni se manchen,
y otros llevan azulejos
que están diciendo «¡miradme!»
Los demás conducen muchos
y finos objetos de arte
de cerámica y mayólica
magníficos y admirables...
¡Y es que de Dios recibieron
las órdenes terminantes
de que alhajaran la gloria
con lo mejor que encontrasen!
Escofet, Fortuny y Compañía.
Alcalá, 18 (Equitativa).



Manchas, costras, granos,
ardor especial...
¡todo eso lo cura
Coldcream virginall!
Farmacia de Torres Muñoz.
San Marcos, 11,
y San Bartolomé, 7.



Los que ven los trajes
que corta Pesquera,
dicen:—Vaya un pañol
¡Vaya una tijera!
Magdalena, 20.



¡Si quieres los microbios
del cólera matar,
échate en el pañuelo
Colonia Palomar!
Fuencarral, 24.
Droguería y Perfumería.



Si Tirso el dentista
te saca un raigón,
saldrás dando brinco
de satisfacción.
Mayor, 73.



—¿Quieres lomo con setas?
—Las setas me dan asco.
¡Tráigamelo con hongos...
de García Carrasco!
Carretas, 26.



—¿Te vas á quedar calvo
de tanto cavilar
si no compras un frasco
de Quina Palomar!
Droguería y Perfumería.
Fuencarral, 24.



Quando allá en las alturas ronca palpita
la tempestad furiosa y alborotada
y á torrentes la lluvia se precipita,
cómo se echa de menos una camita
del Bazar de la Plaza de la Cebada!
Número 1.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50;
año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero derecha.
Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPANÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID